

“A Madonna... yo le hago un monumento”.

Los múltiples y diversos usos de la historia en la ciudad de México*

MÓNICA LACARRIEU**

“TO MADONNA...I BUILD A MONUMENT”. MULTIPLE AND DIVERSE USES OF HISTORY IN MEXICO CITY. Heritage, related to its use or appropriation by people, comes again to the scene as a no delay problem related to the deep transformations taking place at present in big cities. It is an old issue even though renewed for a new context. The expansion of the meaning of concepts as heritage, historical center and history have had influence on the ways things were focused up to now, permitting a switch from the traditional stages of exhibit and enlarging what could be legitimated as heritage. A new dimension of heritage is being introduced from the local stances, even though in correspondence with the way in which social actors appropriate of the universal/global categories. So, the production process of heritage is not any more only a question related to the State, instead it has turned into a strategic and very instrumental question for the neighbors of several parts of the city. In the case of Mexico City these issues have begun to grow in relevance. That's why this paper intends to analyze these new conceptions, uses and appropriation of heritage and history, comparing the historical center of Tlalpan and the modern Polanco Colony in Mexico City.

Que tal si viene Madonna aquí
y se muere en la esquina, bueno yo...
'ahí pondría una placa y un
monumento de Madonna...'
para que vengan a venerar a Madonna...
Residente del centro histórico de Tlalpan

La cuestión del patrimonio, vinculada al uso y/o apropiación que del mismo hace la gente, reaparece en la escena como problema insoslayable en relación con las profundas transformaciones que están acaeciendo en las grandes ciudades actuales. Se trata de un viejo tema aunque remozado en un contexto nuevo.

Poco antes de que finalice el siglo, los especialistas concentran su atención en los efectos de un mundo cada vez más globalizado, legitimando —en el seno del campo académico, así como en los medios y otros espacios vinculados a la problemática— ciertos parámetros a partir de los cuales las ciudades actuales se observan como el reflejo más fiel de los cambios imperantes en el mundo. Éste se ha constituido en el problema por excelencia, en *un problema social “producido dentro y mediante un trabajo colectivo de construcción de la realidad social”* (Bourdieu y Wacquant, 1995: 178-179), disponible para su elaboración, discusión y aprobación desde las diversas

* Este artículo es una versión corregida de la ponencia presentada al Congreso Internacional Ciudad de México, Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (COMECOS), que se llevó a cabo en dicha ciudad entre el 10 y el 14 de marzo de 1997. Recupera algunas consideraciones que han resultado de la investigación llevada a cabo en el marco del Programa sobre Estudios de la Cultura Urbana (Universidad Autónoma Metropolitana- Iztapalapa), coordinado por el doctor Nestor García Canclini. La misma contó con el financiamiento de la Beca René H. Thalman otorgada por la Universidad de Buenos Aires, para el periodo de noviembre de 1995 a marzo de 1996.

** Investigadora Adjunta CONICET; profesora de la Universidad de Buenos Aires; Instituto Ciencias Antropológicas-Programa Antropología Urbana y Antropología de la Cultura.

instancias sociales. La agudización “real” de determinados fenómenos contemporáneos ha producido tanto un desplazamiento en las preferencias sobre ciertos temas, como la caída de “viejos conceptos” y la emergencia de “nuevos” e, incluso ha puesto en crisis a una antropología de corte localista.

La configuración de un marco que se ha globalizado tanto, como aparentemente ha ocurrido con las sociedades del presente, ha llevado a la devaluación de procesos relativos al orden de lo local —si entendemos bien “lo que sucede en un barrio local seguramente ha sido influenciado por otros factores... que operan a una distancia indefinida lejos del barrio en cuestión” (Giddens, 1994: 68)—. Contexto en el que las experiencias ligadas a esta dimensión de la realidad social se vuelven ámbitos no sólo de disputa y manipulación sino capaces de representar identidades y puntos de vista locales, en los que los actores sociales involucrados participan y se reconocen como locales, articulando diversas demandas, muchas de las cuales aparecen asociadas, justificadas o legitimadas desde nociones reformuladas en relación con el patrimonio, la preservación, los centros históricos. En suma, la concepción y el uso renovado que del patrimonio y la historia realizan los diversos grupos sociales de determinadas zonas de la gran ciudad es lo que se encuentra en el ojo de la tormenta.

Si bien el interés de muchos especialistas ha puesto el énfasis en el pasado como un hecho que contemporáneamente nos conmueve, sobre todo en lo relativo a casos globales que han desencadenado violencia, como el estallido de la ex Yugoslavia, son muy pocos los que —a nuestro entender— han colocado la mirada más allá de una valorización del *culto a la memoria*, de una preocupación constante por un *abuso de memoria*,¹ en consecuencia de tono fundamentalista. En este sentido, se ilumina la faz negativa del problema, oscureciéndose *la simultaneidad entre un pasado que insiste en volver y una contemporaneidad que puede volverse pasado en las prácticas y representaciones sociales*, coexistencia que se constituye en un hecho singular en la medida en que es en el seno de espacios locales donde los diferentes actores sociales recurren a una permanente reformulación de nociones restringidas y acotadas — hasta hace poco tiempo— a determinados ámbitos como el de la legislación, el Estado, los especialistas o el de la acción privada.

Asistimos a una necesidad imperiosa —como ya lo ha manifestado García Canclini (1993: 41-42)— de repensar la cuestión del patrimonio. Pues como este autor y otros lo han hecho explícito,² nos encontramos ante una *expansión del significado de patrimonio*, de tal modo que ya no sólo es unívocamente definible por categorías como nación, identidad, monumentos o pasado, sino que comienzan a añadirse al mismo palabras como turismo, medios de comunicación, consumo visual, entre otras.

No obstante, nos parece importante hacer un alto y recalcar que así como viene sucediendo con cierta sobrevaloración —producto del consenso— del problema de la globalización y las grandes ciudades, y con la subvaluación de los asuntos locales, el patrimonio, la preservación y los centros históricos, ámbitos reducidos al segundo nivel de consenso, comienzan a adquirir trascendencia en virtud de nuevas estrategias de gestión de las ciudades. Sin embargo, la multiplicidad de trabajos que existen sobre la temática rara vez exceden el campo de las políticas, el Estado, los denominados especialistas en el pasado —con lo que no queremos negar la existencia de trabajos que centran su atención en los habitantes, si bien generalmente lo han hecho en los residentes de ciudades o centros históricos, y aun así suelen ser menos frecuentes este tipo de análisis que los mencionados en primer término—. No se trata de mero azar en tanto que, por un lado, una de las transformaciones radicales que se ha venido postulando en el interior del marco homogéneamente consensuado en las grandes ciudades actuales es la de *descentramiento*, a partir de la cual la *pérdida de centro* y la pérdida de importancia de los centros históricos se constituye en uno de los elementos que dan cuenta de la misma. De manera paradójica, por otro lado, la supuesta crisis de estos lugares comienza a ser puesta en duda, en la medida en que los centros históricos y el patrimonio se vuelven recursos estratégicos en la gestión y promoción de las ciudades, aunque fundamentalmente de la mano del mercado en alianza con cierto sector del Estado, o bien desde múltiples demandas de municipios. En este sentido, si la cuestión sobre la que se reflexiona y discute en el campo de los especialistas es *la ciudad del siglo XXI* (en la que los centros históricos perderán sentido o adquirirán nuevos, aunque lo hagan en función del contexto de globalización), la problemática

¹ Retomamos esta idea de Todorov, quien la desarrolla en relación con cierta “maniquería conmemorativa” y obsesión por un “culto de la memoria”, propio de este fin de milenio. Sobre esta cuestión se puede consultar Todorov, 1995.

² También Pierre Nora (1984) postula que estamos asistiendo desde los ochenta al pasaje de una noción restrictiva de patrimonio, ligada a lo monumental, a otra caracterizada por su apertura. Desde una perspectiva similar, Richard Handler en *Nationalism and the Politics of Culture de Quebec* (1988), propone una expansión de este concepto.

aporta un nuevo interés, poco proclive a mirar las representaciones y prácticas elaboradas no sólo por el mercado o el Estado sino también por los habitantes de determinados espacios.

De acuerdo con esta perspectiva, nos proponemos repensar los usos y/o apropiaciones y representaciones que los habitantes de espacios locales elaboran en relación con las múltiples definiciones que producen sobre lo que se imaginan o quieren como centro histórico, patrimonio o preservación en la actualidad, y así arrojar luz sobre la expansión y redefinición del significado de patrimonio, tomando como eje de análisis un *centro histórico* decretado oficialmente como tal —el de Tlalpan—³ y una colonia moderna —como Polanco—⁴ ambos en la ciudad de México.

Esto implica partir de algunos presupuestos básicos: 1) que estas redefiniciones involucran un juego de sentidos ambiguos y/o contradictorios tanto en el discurso como en las prácticas; 2) que, ámbitos que —aunque cruzados por intereses diversos—, suelen ser legitimados desde perspectivas provenientes del sistema de clasificación oficial y por tanto desde donde se generan discursos lineales representativos de determinados grupos sociales y condiciones históricas se construyen distanciada y conflictivamente respecto de las legislaciones oficiales, de las políticas estatales y hasta del consenso social generalizado acerca de lo que se piensa como patrimonio, centro histórico o historia; 3) que los múltiples sentidos dados a los centros históricos y al patrimonio, así como la apuesta a una exaltación de la historia, exceden los límites de los objetivos convencionales respecto de esta problemática, en tanto los vecinos han comenzado a otorgarle un *uso enfáticamente instrumental* (Díaz Cruz, 1993: 63), a partir del cual se reclama un determinado modo de

vida en su lugar, en el contexto de la ciudad, en relación con otras ciudades, convirtiéndose en nuevas herramientas para el reclamo ciudadano. Más que nunca —al menos en la ciudad de México— el patrimonio se puede visualizar como espacio de disputa en el que intervienen nuevos actores.”

Los significados “convencionales” del patrimonio

Evitar caer en los lugares comunes tratados por una proporción importante de bibliografía sobre el tema, no implica en este caso una adjetivación peyorativa, sino revalorar la problemática, sobre todo en virtud de la trascendencia que adquiere, aun a pesar de los vaticinios que, provenientes de una región académica legitimada, acuerda el “surgimiento histórico del espacio de los flujos, superando el significado del espacio de lugares” (Castells, 1995: 483) ha augurado el “fin” y luego la “aceleración” de la historia, así como la “muerte del pasado”. Esto también a pesar de los augurios que se ven apuntalados por “cambios en la política urbana y de transformaciones urbanas [que] buscan convertir a la ciudad de México en una ciudad global” (Safa, 1996: 3), y que conducen, en consecuencia, hacia un discurso que tiende a observar y tratar el problema de los centros históricos y el patrimonio como trastos viejos, sólo reutilizables en la medida de su conversión en vitrinas para el turismo o en barrios *snobs*.

La concepción central sobre la que se ha constituido —por los menos originalmente— la idea de patrimonio y, *a posteriori* la de preservación de centros históricos en su conjunto,⁵ ha subrayado la existencia

³ El centro histórico de Tlalpan se constituye en el núcleo principal de la Delegación Tlalpan. La misma se encuentra ubicada en la zona sur, siendo una de las más extensas y heterogéneas de la ciudad, albergando no sólo el centro histórico sino también una serie de pueblos y asentamientos populares. Originalmente se constituyó como un pueblo, en coincidencia con Coyoacán y San Ángel. Durante el siglo XIX, en estos espacios “se construyeron algunas casas de campo que pertenecían a familias ricas de la ciudad...que buscaban refugiarse del bullicio... durante los fines de semana y las vacaciones...” (Safa, 1996: 7). A mediados de este siglo, Tlalpan como Coyoacán y San Ángel, comenzaron a conurbarse. Si bien geográficamente Tlalpan se encuentra más alejado que los otros dos lugares, en la actualidad ha sido prácticamente asimilado a la ciudad de México y está siendo remodelado y apropiado por sectores ‘más elitistas’ (Ward, 1991: 95) o por camadas medias.

⁴ Polanco es una colonia moderna de la ciudad, originada en los años treinta en lo que fuera una hacienda, mediante el desplazamiento de población con mayores recursos económicos que residía en el área central de la ciudad. En los últimos 30 años se han producido en la zona recambios de población, en buena medida frente a la apropiación que de la misma han realizado comerciantes, hoteleros, multinacionales, con consiguientes cambios en el uso del suelo. Aun con estas transformaciones, la colonia continúa siendo habitada por una importante proporción de sectores medios acomodados, quienes disputan el lugar a los ‘invasores’. Polanco se encuentra en la Delegación Miguel Hidalgo (al occidente del centro y próxima a los Bosques de Chapultepec), una de las delegaciones consideradas centrales junto a la Benito Juárez, Cuauhtémoc y Venustiano Carranza, y también una de las más problemáticas en tanto alberga tanto colonias de clase media alta, como zonas con proporciones importantes de pobreza.

⁵ Si bien el concepto de patrimonio tiene casi dos siglos de existencia, su utilización en el contexto de la planificación urbanística es reciente. De acuerdo a lo expresado por Monnet “hace no más de treinta años la protección de monumentos

de bienes tangibles, en general joyas arquitectónicas únicas, que contribuyen a dar existencia física a la historia y adquieren un valor de testimonio. Dicha noción coincide con la acepción que surge con el romanticismo a partir de la cual se establecen tres criterios de legitimación del patrimonio: la naturaleza, la historia o pasado atemporal y la inspiración creativa, de hecho “los lados de un triángulo que determina una dinámica de inclusión y exclusión patrimonial” (Prats, 1996).

Una primera matriz de la sociedad mexicana fue constituida con anclaje en el pasado azteca —excluyendo en esta instancia otras herencias indígenas y el pasado colonial—, desde el cual se uniformó una historia legitimada y ciertos testimonios patrimoniales ligados a la misma (Monnet, 1996). Esta primera definición del patrimonio fue concebida con base en la categorización mencionada. Posteriormente, la legislación mexicana —reguladora de los procesos de selección del patrimonio— vuelve a dar cuenta de esta perspectiva con la inclusión de la preservación de monumentos históricos durante la Revolución, con las leyes de 1914 y 1916. En la primera de ellas se incluyen “los monumentos, edificios y objetos artísticos e históricos, cuando se conservan sin alteración y constituyen verdaderas piezas justificativas...”, y en la de 1916 se integran “las bellezas naturales que sean dignas de permanecer inalterables” (Massa, 1996: 18 y 21). Tal como señalara Lombardo de Ruiz (1993: 181), “el criterio de valoración era el de la excepcionalidad artística y arquitectónica, o el que hubieran sido exponentes de la historia de la cultura”. De hecho, los criterios demarcatorios continúan siendo similares en la Ley de 1930, en tanto sólo serán considerados monumentos aquellos pertenecientes a personajes muertos y que posean valor artístico, arqueológico o histórico y que, simultáneamente, sean obras con más de 50 años de antigüedad, incluyendo el “aspecto típico y característico de las poblaciones...” (Massa, 1996: 24).

Aunque la categoría de tangible se haya ampliado es bastante notorio que en la definición actual de monumento histórico y de zona de monumentos históricos (Ley de 1972), sigue primando la relevancia única de determinados monumentos que, en tanto aparecen concentrados, dan lugar a un centro histórico. En dicha ley se establece que: “Son monumentos históricos los bienes vinculados con la historia de la nación a partir del establecimiento de la cultura hispánica en el país” (Massa, 1996: 33), y se declara explícitamente

como monumentos los inmuebles construidos entre los siglos XVI al XIX.

Si bien el patrimonio es una construcción social, cuya conformación responde a las condiciones históricas y sociopolíticas que le dan lugar, así como a los diversos intereses de los diferentes sectores sociales, ha implicado en el caso de México y de otros países una selección desde el Estado, ha permanecido casi intactas en su visión “clásica” y en consonancia con una idea de nación. En México, el periodo 1940-1972 es el de mayor producción del patrimonio siguiendo el modelo de Estado-nación (Urteaga, 1994: 121), como queda de manifiesto en la nueva ley orgánica del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), en la que aparece la expresión “bienes que son del dominio de la nación”, equivalente a *patrimonio nacional*, también utilizado en la ley federal de 1972 o en la de Bienes Nacionales.⁶

En este sentido, y hasta recientemente, el proceso de constitución del patrimonio se ha visto estrechamente articulado a los procesos de conformación de las naciones. El Estado es quien necesita materializar la historia, mediante monumentos, celebraciones, centros históricos, y mediante la autorización y legitimación de un pasado común, que llega hasta el presente gracias a la reconstrucción siempre problemática e incompleta, realizada por la historia (Nora, 1984: XIX, traducción nuestra). Desde esta concepción se ha exaltado un patrimonio bajo la forma de un pasado colectivo, gracias al establecimiento, por parte del Estado y de la legislación, de límites claros y contundentes con relación a qué bienes son susceptibles de ser patrimonializados, o sea bienes escogidos “por el Estado [como] parte de la implementación práctica de visiones nostálgicas del pasado... símbolos de exaltación y celebración de una supuesta unidad política de la nación” (Arantes, 1997: 277, traducción nuestra). En otras palabras, la existencia de “un *stock* potencial de recursos patrimoniales”, que sólo se legitiman como tales desde “una versión ideológica de la identidad” (Prats, 1996), habla de un proceso que no ha sido nunca natural ni naturalizado —aunque las sociedades hayan tendido a procesarlo como tal— y de bienes “patrimonializables” que no poseen un valor intrínseco, sino que pueden convertirse en tales a partir de una atribución de valor. Poner en práctica esa versión ideológica de la identidad es una acción que generalmente se realiza desde las instancias de poder (el Estado) y ha tendido a convertirse en ámbitos

históricos y de barrios antiguos se tornó un instrumento de gestión urbana, al mismo tiempo que el discurso dominante se refería cada vez más a una supuesta ‘crisis de la ciudad’” (1996: 220, traducción nuestra).

⁶ Un mayor tratamiento del tema se encontrará en Díaz-Berrio, 1994.

legitimados para realizar dicha selección, encubrir las apropiaciones desiguales del mismo y, de algún modo, “congelar” lo que se interpreta y representa como tal.

De allí que, aun pensando en una selección peculiar de las distintas épocas, puede observarse en la legislación una predominancia de determinados bienes patrimoniales, fundamentalmente tangibles, aunque éstos se constituyan como soportes de referentes simbólicos, con escasas variaciones en este sentido. Las mismas suelen expresarse en la modificación de nociones o palabras, o en las añadiduras de nuevos bienes factibles de patrimonializarse.

La conformación de los estados nacionales ha tenido particular incidencia en la definición del patrimonio, vinculada prioritariamente tanto a lo monumental y a los objetos como a las acciones y/o prácticas que se desprenden de ella—preservación, conservación, etcétera—. En este sentido, siguiendo a Prats (1996), ha habido un primer proceso de construcción patrimonial a partir del cual se han englobado “los distintos *nosotros del nosotros*”, proceso vinculado a una revaloración de las tradiciones nacionales y, por ende, a la utilización del patrimonio como recurso de unificación de la nación—en tanto entidad dotada de coherencia y continuidad—, y de constitución de la identidad nacional “auténtica”, en suma como recurso de encubrimiento de las diferencias y del conflicto.

Esta modalidad de constitución—que como hemos visto prevalece en la concepción legislativa, en los conservacionistas, y en las políticas y prácticas de preservación— es la que ha asociado la discusión a monumento, tradición, identidad, historia, delimitando “un perfil, un territorio, en el cual ‘tiene sentido’ su uso” (García Canclini, 1993: 41). En la medida en que esta concepción es la que se ha legitimado socialmente en México e incluso en los organismos internacionales ocupados en el tema, la bibliografía se volvió profusa intentando desmadejar las contradicciones de esta problemática. La discusión académica se ha centrado alrededor del *lugar de complicidad social* (García Canclini, 1993: 42) y de la incuestionabilidad que se ha atribuido a lo monumental como valor histórico y estético, al lugar del Estado como integrador de la relación patrimonio-identidad nacional y frente a los desafíos modernizadores, a la confrontación entre tradicionalistas y renovadores. En sintonía con lo mencionado, se ha concentrado la atención en las visiones de determinados actores: el Estado (en su papel ambivalente de integrador nacional y de control social);

la acción privada, (ligada a la especulación, saqueo y progreso, que sustenta una concepción mercantilista); los “especialistas del pasado” (académicos o políticos vinculados a tendencias tradicionalistas, ligados al conservacionismo y preservacionismo, es decir, al denominado *tradicionalismo sustancialista* [García Canclini, 1993: 48], cuyo “rasgo común es una visión... ahistórica de la humanidad o del ser nacional... Preservar... [tiene un] único sentido, guardar esencias, modelos estéticos y simbólicos... [en tanto] la sustancia de ese pasado glorioso trasciende los cambios sociales” [García Canclini, 1994: 58]).

Cuando autores como García Canclini o Prats plantean una ampliación del concepto de patrimonio se refieren al segundo proceso de construcción patrimonial, *el nosotros de los otros*,⁷ cuya formulación se inicia al tiempo que se agudiza la globalización y masificación del planeta. Es el momento en que el patrimonio se vuelve espectacular en franca articulación con una nueva serie de palabras—turismo, medios, espectáculo—. La ecuación patrimonio-identidad nacional, se ve desplazada—en coincidencia con la muerte, desde las ciencias sociales, de dicha categoría asociada a la pureza y al esencialismo—, por la de *patrimonio-venta/consumo* guiada por una nueva lógica de mercado. Así, se fabrican y revitalizan imágenes del pasado “vendidas a ávidos consumidores visuales... [siendo que] la circulación de imágenes para consumo visual es inseparable de las estructuras centralizadas del poder económico” (Zukin, 1996: 210 y 215, traducción nuestra).

Se observa a los diferentes actores desde perspectivas renovadas: los privados, generalmente asociados a la modernización, ya no sólo constituirán la amenaza de la destrucción, en tanto ellos mismos podrán sacar beneficios de una zona valorada como histórica convirtiéndola en un espectáculo para el turismo, o fortalecedora de imágenes vendibles de las ciudades. Por su parte los turistas tienen un papel fundamental en estos procesos, por lo que en los últimos años múltiples trabajos reflexionan sobre este tema y su relación con el mundo interconectado. A su vez, el Estado, que aun manteniendo su lugar anterior, también puede llegar a gestar políticas de rehabilitación o de revitalización—en ocasiones ligadas al mercado— donde la tradición y la modernidad se mezclen sin conflictos aparentes. Por último, los medios de comunicación, que—como observa García Canclini (1994)— reubicar el lugar del patrimonio (también entre la tradición y la

⁷ Dicho proceso es conceptualizado por Prats (1996) como “una representación patrimonial de nuestra propia (de los protagonistas) y, frecuentemente estereotipada, imagen externa, pero elaborada siempre... a partir del stock de elementos patrimonializables, de donde ésta extrae su fuerza y su verosimilitud”.

modernidad), exhibiéndolo más allá de los museos y llevándolo a las casas.

En verdad, esta concepción replantea la temática tratada y conduce a ubicar el problema del patrimonio/centros históricos y su relación con las grandes ciudades en función de una dinámica propia de las sociedades contemporáneas. No obstante ello, esto no necesariamente implica una reformulación en la legislación ni la dilución de concepciones y acciones conservacionistas ligadas a un tradicionalismo sustancialista. Más bien diríamos que ambas posiciones conviven, aunque no lo hagan en armonía.

Al revisar la bibliografía se observan los cambios en el tratamiento de esta temática. Así, comienzan a abundar trabajos que exceden la relación estrecha entre patrimonio/preservación-nación, incorporando nuevas cuestiones como la articulación cada vez más relevante entre patrimonio y mercado, la redefinición entre lo público y lo privado, y los nuevos lugares que el Estado, principalmente las instancias municipales, comienzan a adoptar en relación con la problemática. Y si bien ya antes ha habido autores —como Arantes (1997: 277-78) que estudia los asuntos del patrimonio en el Brasil— que han alertado sobre procesos de producción del patrimonio más complejos que aquéllos que aludían a la constitución de la nación como concepción homogeneizadora (procesos “a contrapelo” que dan cuenta de respuestas sociales que no necesariamente persiguen intereses oficiales, de donde resulta que residentes o personas se apropian y transforman sus lugares); es de notar que son escasos los análisis que profundizan sobre las representaciones y prácticas que los habitantes ponen en juego en relación con estas cuestiones.

El reconocimiento de la incipiente existencia de “movimientos sociales por rescatar barrios y edificios, por mantener habitable el espacio urbano” (García Canclini, 1993: 48) no debe pasarse por alto, aunque, como observa el autor, se trata más de prácticas coyunturales ligadas a determinados sectores sociales, como por ejemplo los ecologistas o grupos populares urbanos. Aun así, y como también aconteció en Brasil,⁸ es de destacar que la agenda del patrimonio se abre a otros grupos sociales (aun cuando en el caso de los

sectores populares a veces sea dubitativa), sobre todo —como señala García Canclini— a partir del terremoto de 1985, donde “nuevos movimientos comienzan a cambiar lentamente la agenda pública y ensanchan el debate sobre el patrimonio... [siendo que] son las nuevas interacciones entre capital, Estado y sociedad las que están cambiando la problemática patrimonial” (1994: 57).

Una corriente de recientes trabajos se aparta de la problemática del patrimonio tal como ha sido tratada usualmente, centrando su mirada en los usos y abusos del pasado y la memoria en el mundo contemporáneo —Todorov— o en la cuestión de la tradición, más bien de la “destradicionalización”, de las sociedades actuales —Giddens (1997)—. Muchos de estos trabajos, como el del primero, tienden a observar el papel del pasado o de la tradición en el presente como una amenaza fundamentalista, mientras que en el segundo ejemplo se tiende a abordar la cuestión como correlato de un orden nuevo que, sin embargo, no supone la desaparición por completo de la tradición, sino su florecimiento en algunos contextos bajo dos formas posibles: la dialógica o la fundamentalista. Pero en ambos casos, en el primero por tomar como parámetros sólo casos globales generalmente agresivos, y en el segundo, por centrarse en este periodo de transición y ocasos, no hay un acercamiento a las experiencias locales respecto del patrimonio.

La recuperación de los usos y representaciones que la gente elabora en sus espacios locales se puede observar en los trabajos que sobre Coyoacán ha realizado P. Safa (1996). La posibilidad de mirar la constitución de identidades locales con base en la tradición y la memoria permite abordar el problema desde un punto de vista diferente. Sin embargo, este tipo de aproximación se detiene en el uso del pasado como recurso para articular demandas y en la taxativa división entre un antes y un después, que innegablemente se halla presente en los discursos e imaginarios sociales. En similar perspectiva, en cuanto a un análisis que recupera las apropiaciones patrimoniales por parte de los habitantes de algunas zonas de la ciudad, Ana Rosas Mantecón (1994) ha trabajado con profundidad el papel de los sectores populares residentes

⁸ En Brasil, a fines de la década de los setenta y particularmente en la de los ochenta, el interés por el patrimonio excedió el ámbito de las políticas públicas en la esfera del Estado. Como señala Arantes (1997: 284), diversos movimientos sociales ganaron espacio en las demandas preservacionistas, y de hecho obtuvieron —en algunos casos— prácticas de *tombamento* para sus barrios, mayormente residenciales más que históricos (como es el caso de Jardims en Sao Paulo). Debe notarse que este tipo de reivindicaciones estuvieron asociadas al pedido de una mayor calidad de vida, y que encontraron un espacio en una política específica de los órganos de preservación que en ese periodo dieron cabida a este tipo de demanda. De cualquier modo, no es que se preservaran todas las ciudades, ni todos los barrios, ya que incluso ésta es una problemática con vigencia en la actualidad y con algunos puntos de contacto con lo que hemos analizado sobre México.

en las vecindades del centro de la ciudad de México, ante la problemática que vincula dicho tipo de vivienda con su característica de espacio “patrimonializable”. Aunque se trata de relaciones que los habitantes establecen con el patrimonio más en términos de demandas habitacionales (a partir de reivindicaciones impulsadas por movimientos de inquilinos de Tepito por ejemplo), que de elaboraciones y apropiaciones del patrimonio o de un interés por la recuperación de un pasado común.

A pesar de que en primera instancia resulte contradictorio, la apertura de la noción de patrimonio es un hecho que ha iniciado su materialización ya hace algunos años. Como Nora (1984: XXVII) lo plantea, hacia los ochenta inició un desplazamiento persistente que ha corrido la conceptualización de una noción restrictiva a lo monumental a otra que pareciera ingresar en el terreno de “todo puede ser patrimonializable”. Es contradictorio pues ocurre en el contexto de una memoria que se “desmultiplica”, en un tiempo que se “instantaneiza”, en un espacio que se encoge o dilata. Sin embargo, aun en dicho contexto, el pasado y todos aquellos asuntos que aparecen ligados en él, parecen tener más y nuevos productores y consumidores.

Entonces, es indiscutible que la cuestión del patrimonio, la revitalización de los centros históricos en las grandes ciudades, los diversos usos respecto del patrimonio y la historia, ya no son ámbitos en los que confluyen sólo determinados actores como el Estado, los privados y los especialistas. La temática excede la vieja dicotomía entre patrimonialistas y modernizadores, la otrora indisociable articulación entre patrimonio/Estado-nación, parece verse envuelta en novedosas estrategias de uso y/o apropiaciones. De este auge la bibliografía actual da cuenta, aunque creemos que lo hace por su relación con las transformaciones del mundo global. De hecho, muchos trabajos apuntan



a la cuestión desde la órbita del mercado y la redefinición público-privado —asunto que consideramos de sumo interés—, o bien a la proliferación de demandas patrimoniales descentralizadas ligadas a los gobiernos locales o regionales, o a alertar sobre los riesgos fundamentalistas de los usos y abusos del pasado, o a enunciar cierto auge de la temática. En verdad son pocos los análisis⁹ que —más allá de mencionar posibles reivindicaciones sociales— trabajan sobre las diversas apropiaciones en juego que elaboran los habitantes de las ciudades, muchas veces directamente involucrados en proyectos públicos y/o privados, y muchos menos los que elaboran articulaciones entre diferentes representaciones y prácticas que se tensan y disputan —el mercado, los habitantes, el Estado, los municipios, los especialistas, el turismo, los medios— de cara a los asuntos ligados al patrimonio.

⁹ Queremos recalcar que —como ya hemos mencionado para el caso mexicano— no postulamos la ausencia de trabajos que indaguen sobre las prácticas y representaciones de los habitantes. Sino insistir sobre una vasta proporción de bibliografía que enfatiza un análisis macro que en consecuencia no bucea —sino que sólo plantea— en las diversas y conflictivas apropiaciones que de la problemática hacen —además del mercado, el Estado, etcétera— los habitantes de lugares específicos.

Por todo esto, aquí intentamos abordar el tema del patrimonio a partir del renacimiento de la problemática, que ha excedido el marco de lo hasta ahora “verdaderamente patrimoniable” o de los hasta, recientemente, “legítimos centros históricos”. Concentremos nuestra atención en los habitantes de dos espacios locales mexicanos, a nuestro entender ampliamente representativos de una gran ciudad. Pues antes que una cuestión de Estado, el pasado y todo lo que a él se refiere, se vuelven cuestiones estratégicas para los vecinos de los más diversos espacios de la ciudad.

Una “inflación de historia”

Algunos observadores despiertan nuestra atención señalando que la memoria es como un río que se hubiera desbordado o cuyo curso hubiera sido desviado... (en razón de que) desde hace algunos años asistimos a una especie de atraco a la tradición¹⁰ y, simultáneamente, en un mundo en que la globalización es considerada la falsa panacea de la unificación, se extiende la idea de que la solución es no volver al pasado, pero éste insiste en retornar y no siempre lo hace bajo el mismo rostro, ni con el mismo sentido.

Se dice que la reciente valorización de la memoria es el resultado de una memoria amenazada en un contexto de eliminación acelerada de la misma, por efecto de un mundo en el que la aceleración de la historia condiciona dicha supresión, debe destacarse que, aunque en la actualidad están quienes ofrecen una preocupación compulsiva por el pasado, no todos los grupos sociales establecen la misma relación con éste.

En la ciudad de México el peso de la historia se constituye en un eje referencial. Aun con un costoso proceso de reconocimiento de las manifestaciones de la historia colonial, (situación que se vislumbra en la legislación, ya que no es hasta las leyes de 1914 y 1916 donde aparece un atisbo de la cuestión que se oficializa en 1930 y 1934), deberíamos destacar el *plus de historia*¹¹ y de cada uno de sus elementos conexos, que

puede resaltarse a lo largo del desarrollo de la misma. La sola inclusión de la arquitectura colonial de pueblos como San Ángel, Coyoacán y Tlalpan, oficializadas en primera instancia como *zonas típicas* y luego como *centros históricos*, dan cuenta de ese *plus*, sobre todo si se compara con otras ciudades. En sintonía con la situación oficial, los habitantes de centros históricos y los de aquellas colonias que distan bastante de lo que se supone “debe ser” una zona histórica; demandan “más historia”, “más centros históricos”, “más preservación”. ¿Por qué más centros históricos, cuando hay ciudades que apenas consienten uno y a regañadientes? ¿Por qué una “inflación” de historia?¹²

Sin embargo, si lo tomamos linealmente, tal vez no se encuentre en este punto lo más interesante de la cuestión. En los *mundos idealizados* (Appadurai, 1994: 313) históricamente constituidos, de algunos grupos vecinales, el atravesamiento contradictorio de diferentes niveles de referencia van componiendo los rompecabezas de lo local. Pues si bien en las tan buscadas “comunidades vecinales” la memoria y el pasado se constituyen en recursos de legitimación de sí mismas, no se trata sólo de la puesta en juego de una oposición entre un antes y un después. En el retorno a la comunidad, una especie de “ideal” en los imaginarios y un intento práctico en las experiencias locales, las cuestiones relacionadas con el patrimonio, la historia, la preservación —soportes de la constitución de identidades locales—, operan de manera compleja inmersas en múltiples definiciones y redefiniciones de sentidos y atravesadas por diversos referentes.

Como hemos elaborado en otros trabajos,¹³ los habitantes de algunos lugares de esta ciudad son proclives a fragmentarse en la igualdad y autorreplegarse en la forma de la comunidad vecinal. Pero también hemos dejado a salvo que este repliegue no produce sólo visiones fragmentarias y por ende una ciudad desarticulada, sino que se ve atravesado por cierta experiencia de lo urbano, (una conciencia y conocimiento de la propia ciudad), que implica además, por la confrontación con otras ciudades y con el mundo global en su conjunto, lo que se reclama para ella. Sin

¹⁰ “La memoria desconcertada” por Tahar Ben Jelloun, en *La Nación*, domingo 13 de octubre de 1996.

¹¹ Estamos usando esta expresión como figura o imagen de una problemática que se plantea bien diferente respecto de otros contextos. De allí que se constituya, en esta parte del texto, en una estrategia narrativa para resaltar una cuestión que a nuestro entender es relevante.

¹² No podemos decir que “inflación de historia” se constituya en una categoría en sí misma, pero sí en un concepto que intenta dar cuenta de algunos aspectos relevantes para la problemática tratada. Si bien ha surgido del contexto de nuestras elaboraciones, debemos señalar que presenta similitud con la enunciada por Carlos Fortuna (1997: 235) —que ha llegado a nuestro conocimiento sólo recientemente— quien habla de “cultura de proliferación patrimonial”, desprendiendo de la misma lo que él denomina “proceso universal de revalorización del patrimonio”. De cualquier modo, y aun con semejanzas, el autor está concentrado en la implementación de esta categoría en los procesos generados por los municipios en pos de generar cambios globales-locales en ciudades específicas.

¹³ Más sobre este tema puede encontrarse en Lacarrieu, 1996 y 1998.

embargo, dicho atravesamiento en las experiencias locales se completa con otras dimensiones: la relación con el tiempo y las intersecciones entre pasado, presente y futuro. En esta trama compleja y contradictoria, van encontrando su lugar nuevas y profundas transformaciones en las relaciones entre pasado, presente y futuro, al mismo tiempo que la gente va relacionándose con las diversas dimensiones espaciales que conforman su universo social. En otras palabras, hemos podido observar que los vecinos —no necesariamente para resistir o defenderse de la globalización— concentran sus expectativas en una definición legítima del orden de lo local, del espacio donde viven, aunque en verdadero contrapunto y complementariedad con otras definiciones de las otras zonas de la ciudad y de la ciudad en su conjunto. En estas múltiples modalidades de percepción de la realidad social el tiempo juega un papel fundamental y desde él opera una red de reformulaciones de categorías asociadas. Como bien señala Ben-Ari (1992), las manifestaciones comunitarias del pasado —y agregaríamos del presente y del futuro— son mucho más complejas que las expuestas en los retratos escolares.

En un primer plano, los habitantes de Tlalpan y Polanco coinciden en una imagen: “Polanco es único”, porque “Polanco es Polanco”, “Tlalpan es Tlalpan” así como “Tlalpan es único” a pesar de sus semejanzas con Coyoacán o San Ángel. Lo percibido como “único”, sin duda, se vuelve paradójico, en tanto aquello que se reclama como tal —determinados aspectos característicos— de hecho no son únicos sino comunes a otros espacios locales. La idea de singularidad con la que suele rodearse un acontecimiento seleccionado de la memoria, o una serie de eventos y elementos que califican a un espacio, se constituye en un argumento habitual para sacralizar las relaciones sociales y por ende el lugar. No obstante ello —y como bien sucede con los vecinos de estos lugares— la unicidad necesita de la comparación de parámetros que permitan fundarla como tal (Todorov, 1995: 34-36), de la afirmación de que un fenómeno es único, aunque sólo lo sea en el imaginario y el discurso social.

La posibilidad de comparar tiene una primera relación con las zonas más cercanas a su propio espacio y una segunda, mucho más distante y más configurada, con los “ideopanoramas”¹⁴ o “discursos de la

globalidad”,¹⁵ como pueden ser las ciudades americanas. En la primera relación, “los más parecidos a Tlalpan son Coyoacán, San Ángel, por sus construcciones añejas, y porque en ellos se modula un sistema de vida” y, por contraposición, “Tlalpan es muy distinto del Zócalo porque tiene palacios enormes y con contaminación, mientras Tlalpan es un lugar tranquilo, pueblerino...”. Empero, para confirmar aún más la unicidad, sus nativos, los que se sienten poseedores de la historia del lugar, realizan una división tajante entre un Tlalpan “verdadero” y un Coyoacán “simulacro”: “Coyoacán es un poco anterior en cuanto a lo colonial, pero Tlalpan es más importante en cuanto a su historia... en realidad Coyoacán es el pueblo de las mentiras, es un teatro... la verdadera historia está en Tlalpan”. De estos testimonios puede resaltarse tanto la idea sobre la importancia de comparación con otros centros históricos considerados modelos de vida —más allá de sus semejanzas o diferencias—, como la necesidad del recurso de la historia —y obviamente la historia de los acontecimientos— a la hora de establecer la cualidad superlativa de su espacio local. Sorprendentemente, Polanco, aunque colonia moderna, requiere separarse de las colonias más nuevas sin consolidación ni identificación —como Bosques de las Lomas—, así como tomar por referencia al Zócalo, el centro histórico más importante de la ciudad, porque “es un centro vivo”, o porque es un centro que ha decaído y a Polanco puede pasarle lo mismo.

La segunda posibilidad de reclamar particularidad surge de la contrastación con el parámetro de ciudades norteamericanas. En el caso de Tlalpan, los vecinos reclaman “que no sean todas las ciudades iguales, que no sean como las americanas todas iguales, que tengan carácter”. En Polanco, este nivel de referencia se vuelve contradictorio, ya que sus mismos habitantes reconocen: “en Polanco... sentías este *american way of life*, más aquí que en otras colonias. Polanco es el Nueva York de México... ahora es el México del TLC, de la globalización...”, contrarrestando esta imagen con “finalmente es un mundo muy mexicano... tiene un dejo de esa tradición... pero con un enorme maquillaje de esta globalización...”. Es necesario volver sobre este punto, en tanto la confrontación/comparación con otras ciudades —especialmente de Estados Unidos— y las influencias homogeneizadoras de la contempora-

¹⁴ Idea retomada de Appadurai (1994: 316), quien plantea los “ideopanoramas” como ideas que se universalizan apoyadas por diversos sectores interesados.

¹⁵ Robertson es el autor que plantea un crecimiento de la *conversación global* que “consiste...en los términos cambiantes y en discusión en los cuales el mundo es ‘definido’ como totalidad y el cual es ‘un componente vital de la cultura global contemporánea’” (citado en: Eade, 1997).

neidad, inciden en la puesta en juego de sus puntos de vista locales en relación con la experiencia de lo local.

La ecuación único-típico van de la mano ante la búsqueda de un retorno a la modalidad de *pueblo* idealmente forjado. Lo *típico* reúne en sí mismo las idiosincrasias locales, sirviendo de modelo de valores y acciones. Se configura a partir de la experiencia local, pues es a partir de la misma y del recurso de la memoria —en ocasiones inducida o forjada— que colabora en el rescate —seguramente nostálgico e idealizado— de determinados elementos “típicamente tlalpenses o polanqueños”, sin duda herramientas para la constitución de una imagen de *comunidad*. En coincidencia con Ben-Ari, lo *típico* y lo *distintivo* son una parcela importante de los discursos —y agregaríamos de las prácticas subsecuentes— acerca de la *comunidad tradicional* (Ben-Ari, 1992: 216). Como puede vislumbrarse, en la recuperación de un “nosotros” constituido selectivamente por el conocimiento de prácticas rituales asociadas al “misticismo del conocimiento vecinal” por la posesión de la historia del lugar o bien a través de cierta familiaridad y moralidad, la atribución de un pasado que se rescata, relata y practica, intenta ligar profundidad histórica con aparente solidaridad local.

Si bien no nos detendremos en este punto, son ciertas cualidades asociadas a la idea de “lugar” en su sentido clásico, como “arraigo”, “autenticidad”, las que más juegan —tanto en la zona histórica como en la colonia moderna— como soportes de la emergencia de *identidades locales* las que, como construcciones imaginarias o invenciones (Safa, 1996) que son, implican una selección de acontecimientos, una determinada lectura del pasado y hasta posiblemente una reescritura del mismo para afirmarlas. Aunque dichas cualidades sean recuperadas desde una idealización del pasado, en el discurso vecinal aparecen como cuestiones concretas, aparentemente asibles o verificables en la comunidad actual y desde las cuales es posible abstraer una identidad común.

Los *lugares de la memoria*,¹⁶ antes que diluirse, se reinventan frente a un mundo aparentemente desen-

cantado. La memoria deja de ser exclusiva de las conmemoraciones nacionales, para volverse patrimonio de los vecindarios, en un fenómeno cuasi-privado de los mismos.¹⁷ Apostamos a que, a pesar de la aceleración de la historia en la que parecemos embarcados, y que se desplaza o reproduce en lugares antes poco propensos a la recuperación de la memoria, esta no desaparece.

Hobsbawm ha planteado la *función social del pasado* (citado por Le Goff, 1991: 182), en el sentido de que la mayor parte de las sociedades toman el pasado como modelo para organizar el presente y, sin duda, como puede verse en los casos escogidos, el tiempo por venir, pues el fervor por el pasado no aparece exento de intersticios para la innovación, en tanto que, y volviendo al autor mencionado, “el contraste entre el cambio constante e innovador del mundo moderno y el intento de estructurar al menos algunas partes de la vida social dentro de ella como invariables o inmutables...” es la paradoja que hoy adquiere interés. Se trata no sólo de volver hacia atrás, sino incluso de la emergencia de la idea-fuerza de los “renacimientos”, donde el cambio se articula en un retorno al pasado y en un esfuerzo por regresar al *statu quo* anterior (Le Goff, 1991: 183).

En casos como Polanco se evoca un pasado pueblerino recurriendo a *tradiciones inventadas* (Hobsbawm, 1983) en el contexto de una *comunidad inventada*. La invención de tradiciones refiere a un conjunto de prácticas que inculcan valores y normas de comportamiento por medio de la repetición, implicando automáticamente una continuidad con el pasado, generalmente histórico y que se asume como conveniente. En el caso de Polanco la memoria se induce, institucionalizando un pasado en el que una serie de reliquias, “signos de un pasado que carece de desarrollo” aunque con conexión efectiva con el lugar, se constituyen en huellas de la memoria instaladas en un “museo viviente”.¹⁸ En este caso, las nuevas tradiciones¹⁹ a las que se recurre son inventadas mediante el préstamo del “surtidísimo almacén de los rituales y simbolismos” legitimados socialmente. Son los habitantes de Polanco los que

¹⁶ Retomamos esta categorización de Pierre Nora (1984: XXXIV-XXXV), quien los define a partir de su constitución desde un juego de interacción entre la memoria y la historia, por tanto como lugares mixtos, híbridos y mutantes, en los que se articula lo colectivo y lo individual, lo prosaico y lo sacro, lo inmutable y lo móvil, donde tanto puede inmortalizarse y refrenarse el tiempo como producirse metamorfosis constantes.

¹⁷ Elaboramos esta idea a partir de lo que propone Pierre Nora, quien plantea la existencia actual de un imperativo de historia, una especie de deber de memoria que excede a los especialistas en el tema, llevando al “fin de la historia-memoria [y] a multiplicar las memorias particulares que reclaman su propia historia” (1984:XXIX).

¹⁸ Giddens (1997: 56-57) establece distinciones entre tradiciones y reliquias e incluso discute a Hobsbawm en relación a las denominadas *tradiciones inventadas*. Por razones operativas, en este texto no nos internaremos por dicho camino.

¹⁹ Estamos utilizando la idea de tradición como “*medium* organizador de la memoria colectiva”, o sea ligada a la memoria, visualizada ésta como “proceso social activo” desde el cual se reproducen constantemente acontecimientos pasados, dando desde allí continuidad a la experiencia (Giddens, 1997: 13).

recurren al “baúl de los recuerdos” o emblematizan símbolos de identidad, para “construir tradiciones (...) nuevas con propósitos enteramente nuevos” Tradiciones que dan cuenta de síntomas... indicadores de problemas...” (Hobsbawm, 1983).

Cuando se trata de un centro histórico como Tlalpan la idea de pueblo viene asociada estrechamente a tradición y a pasado remoto—aunque, como podrá verse, no siempre es la distancia temporal la que contribuye a definirlo—, pero también ahí se inventan tradiciones con nuevos objetivos, aunque deriven tradiciones antiguas (Hobsbawm, 1983). Pueblo-paz-naturaleza-tradición se vinculan y se mezclan continuamente. Dichos elementos se constituyen en típicos a partir de un pasado y una memoria colectiva que se vinculan a ciertos grupos del lugar, los que portan la visión legítima, los que se erigen en *guardianes de la memoria* (Oliven, 1997: 121). Sin duda, como plantea Sefa (1996: 4), una modalidad de exclusión e inclusión en la que se enfatiza “lo compartido, lo homogéneo o la coherencia”.

En una primera instancia, el retorno al pasado se articula discursivamente, volviéndose en ocasiones una práctica defensiva, probablemente en un intento de no “dejarse englobar”. En este sentido, reaparece como estrategia de preservación funcionando en un ámbito distanciada de aquél en el que la modernidad puede ser el crecimiento inevitable y natural. Podemos aventurar que se pone en juego un *tradicionalismo de resistencia*,²⁰ como instrumento de rechazo, cuyo equivalente en la modernidad se traduce en “retirismo nostálgico” de tipo comunitario (Balandier, 1988: 185). Pero como hemos podido observar, no sólo se trata de una exaltación del pasado por y en sí mismo, sino que en la misma hay lugar para la cohabitación de la modernidad y el cambio.

En este sentido, en el Distrito Federal el recurso se vuelve fluido y redefinible. Pues como bien resalta Hobsbawm, la invención de tradiciones no implica inviabilidad de viejas tradiciones, sino un desuso por inconveniencia, o un uso deliberado y manipulador en pos de nuevas experiencias de lo local, en el marco de otros niveles de experiencia. Ya no sólo se trata de legitimarse a partir de los límites convencionales desde los que se define qué es pasado, qué es historia, qué es patrimonio y cómo se delimita un centro histórico

oficial. Cuando, como en México, es posible observar que ya no sólo hablaremos de los usos del patrimonio en el contexto del centro histórico tradicional o Zócalo de la ciudad, sino que la idea de patrimonio, preservación, centro histórico e historia exceden los límites de este espacio, creemos que estamos ante un interés de todos—aunque no todos lo perciban y se apropien de igual modo— por un tema antes restringido a determinados especialistas, pero sobre todo ante experiencias locales que van más allá del uso y/o apropiación del pasado en su sentido más convencional.

El culto al pasado se constituye en un argumento que justifica la necesidad de diferenciación y no sólo de resistencia a la modernidad; en argumento para obtener reconocimiento por medio de la paradoja ser iguales y diferentes a la vez, recurriendo al pasado y a la memoria como el anclaje, la confianza básica, la delimitación entre amigos y extranjeros para la continuidad de la identidad (Giddens, 1996: 33). Pero la recuperación del sentido de los lugares que parece condición para no volverse “iguales” al resto del mundo, adquiere ribetes singulares cuando se ancla en nuevas maneras de concebir la historia. Así, se entretejen nuevas formas de universalismo y particularismo, que hacen cada vez más difícil avizorar los destinos de los lugares por lo que se supone—oficialmente— que son. Paradójicamente, se busca lo diferente al mismo tiempo que se incorporan elementos de la homogeneización y la contemporaneidad para fortalecer aquello que se busca único.

De este modo, en un centro histórico como Tlalpan, hay un intento permanente de dar “retablo al pasado”, legitimando y prestigiando el lugar desde la historia más remota, la historia “patria” vinculada con los acontecimientos cronológicos importantes de épocas pasadas—de acuerdo a los cuales la legislación oficial lo decreta centro histórico— y dando cuenta del conocimiento local sobre el tema. Esta legitimación de un pasado coherente y heroico tiene su contrafigura en un presente ligado a un proceso constante de pérdida, a la inevitabilidad del crecimiento, y que es descrito por los propios tlalpenses como: “lo que se ha perdido por la lanza aguda de la innovación, de la civilización”, “estamos viviendo en el año 2000 en donde ya todo es a base de cibernética y que ya este tipo de

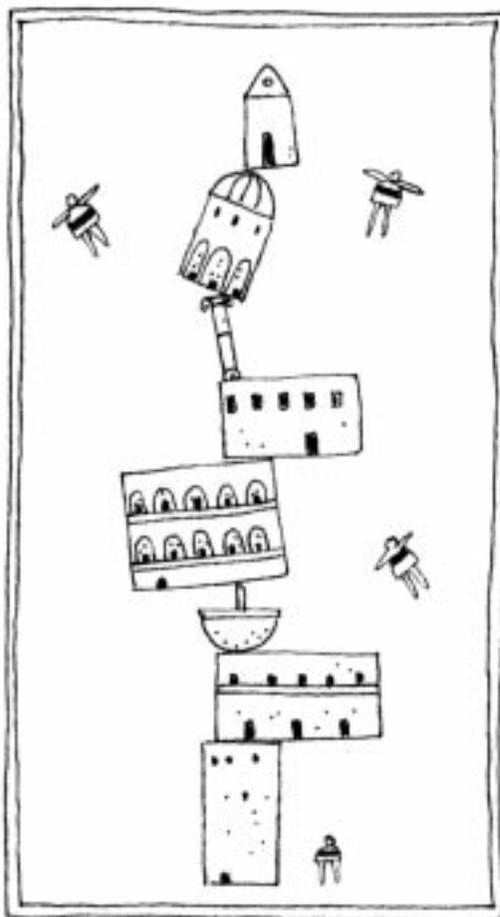
²⁰ Estamos retomando la noción de *tradicionalismo de resistencia* tal como la concibe Balandier. En este sentido, alude a una de las relaciones que el autor establece entre tradición y modernidad en la experiencia contemporánea, es decir, a posibles apropiaciones sociales de la tradición en la modernidad en aras de una edad de oro perdida con el objeto de “resistir” la crisis urbana, la fragmentación contemporánea, o la globalización y sus consecuencias. Aunque involucre este tipo de sentido, dicha forma de apropiación de la tradición por parte de los habitantes de algunos espacios urbanos conlleva una modalidad de resistencia y, en esa perspectiva, nuevas formas de disputa por un lugar en la ciudad, donde aquélla forma parte de lo cotidiano y ya no está sólo en manos de “autoridades” en el tema.

lugares son para leer en la historia y no para vivirla como nosotros que tenemos ese gusto”. Sin embargo, ante un presente futurizado, en el que se avizora la extinción de los centros históricos, porque aunque se recuperen serán invivibles, la historia —y desde allí lo patrimonializable— se reencauza a partir de elementos de la contemporaneidad, volviéndose ésta en eje a partir del cual reformular el pasado y los diferentes sentidos otorgados a lo preservable.

Desde esta perspectiva, pueden cuestionarse los límites cronológicos impuestos por la legislación —la que sólo reconoce los monumentos coloniales hasta el siglo XIX, a partir de la atribución de un valor histórico y estético y el concepto de lo *típico*— desde los cuales la historia oficial establece qué debe conservarse en un corte taxativo entre pasado remoto y tiempos modernos. Desde la mirada local de Tlalpan, un centro histórico no puede repetirse, pero sí una *zona típica*: tanto Acapulco

como la Zona Rosa pueden fabricarse como tales, pues sólo consistiría en hacer homogéneo el lugar mediante un “fachadismo” simbólico. La constitución de lo patrimonializable o lo típico son definidos dialógicamente con base en referentes contrastantes. Así, pueden encontrarse lugares contemporáneos, distantes de los referentes mexicanos, como Hiroshima donde podría levantarse un monumento en el edificio donde cayó la bomba, o Brasilia, donde se supone ya puede delimitarse un centro histórico, en los cuales hallar valores simbólicos susceptibles de ser incluidos en toda lógica de preservación contemporánea.

De Tlalpan mismo es que hemos recuperado el testimonio que ha dado título a este trabajo, y que consideramos se vuelve paradigmático con relación a cómo los procesos de constitución de patrimonios y centros históricos en las sociedades contemporáneas son colocados por los mismos habitantes entre nuevos juegos de tensión, en los que lo local y lo global, lo tradicional y lo moderno, se redefinen y mezclan entre sí, sin la supremacía de unos sobre los otros, sino más bien retomando una “ecuación entre raíces y opciones” (Santos, citado en Fortuna, 1997: 236). Nos referimos a cómo un monumento a Madonna, que lejos de



ser héroe de la patria se constituye en heroína del universo, y por lo tanto no es signo distintivo de la historia de Tlalpan, es factible de ser reconocido como tal, con sólo redefinir y hacer más conveniente la concepción de historia: de colonial a contemporánea. En cierto modo, los habitantes del centro histórico intentan reposicionar su lugar siguiendo los principios de un mundo globalizado, aunque reafirmando su localismo —inmersos en ese ser iguales y diferentes a la vez— o, en otras palabras, gestando un proceso de *recodificación de la tradición* (Fortuna, 1997: 234), inmerso en otro de *recodificación de la modernidad*.

Un espíritu cosmopolita capaz de realizar múltiples asociaciones sin entregarse por completo a ninguna de ellas parece estar presente incluso en un centro tradicional, en una búsqueda de contrastes sin desechar del todo la uniformidad. En ese sentido, es esta actitud la que contrasta con

un cerrado comportamiento provinciano que también existe ahí. Al mismo tiempo que se esgrime “un centro histórico no es un museo”, se pelea por un lugar característico, digno de ser visitado y admirado por el turista, distante de las “nuevas ciudades de plástico” norteamericanas.

Son los nuevos actores ligados a la problemática del patrimonio los que también van definiendo contradictoria y conflictivamente —para los habitantes— cómo se espera que se encare y reencauce la misma. Nos referimos al turismo, actor controvertido, pues en tanto que la gente espera que un centro tradicional, como Tlalpan siga vivo, la única posible garantía de que eso suceda es la visita del turista, pero, por otro lado, se desea un lugar tranquilo como en la actualidad, sin turismo (para no convertirse en un Coyoacán); o con un turismo regulado, es decir, a cuenta gotas. Tal vez los medios no sean un factor decisivo para que un centro histórico no muera, aunque sea un espacio desde donde el patrimonio y los lugares históricos comienzan a globalizarse con la consiguiente posibilidad de que ya nadie necesite visitarlos. Por otra parte, están, los referentes comerciales asociados a la modernidad y la homogeneización, locales o globales, como

Sanbors (un lugar muy global y muy localizado) o Mac Donalds (espacios de comida globales que en ciertas ciudades comienzan a procurar especificidad), con los cuales los habitantes mantienen relaciones imaginarias y hasta prácticas altamente contradictorias. Decimos que en las representaciones y prácticas sociales se constituyen controvertidamente, en tanto ha llegado a combatirse, mediante movimientos locales inclusive, —especialmente el Mac Donald's— su consolidación dentro del entorno de los centros históricos, ya que sólo puede admitirse fuera de él, si bien a la hora de obtener legitimidad y procurar espacios diferentes, pero necesariamente vinculados a la globalización, pueden ampliar la noción de bien patrimonializable e incluir también —descongelando la noción de patrimonio y mirando hacia el futuro— un Sanbors, cadena de restaurantes homogeneizados pero altamente “mexicanizados”, o un Mac Donald's, que, como Disney, en algún tiempo podrán convertirse en los “nuevos monumentos” de la humanidad.

Cuando se trata de una colonia moderna, como Polanco, la posibilidad de preservación ligada a la idea de convertirse en el centro histórico que no es —en la medida en que no cumple con los requisitos del deber ser que conlleva ser asimilado política y socialmente como tal—, se asocia en primer lugar a su arquitectura tradicional. Las casas que han comenzado —hace tiempo— a reciclarse para comercios, contienen múltiples valores alrededor de los cuales los vecinos reclaman identidad, preservación, historia. Se admite un Polanco moderno, aunque con necesidad de ser conservado, pues sus casas ya son historia, y “si cada época tiene su estilo”, éstas marcan una de ellas. Los límites temporales convencionales vuelven a cuestionarse junto al valor histórico y estético requerido oficialmente. Estigmatizadas por la sociedad en su conjunto, y tan desprestigiadas como lo estuvo la arquitectura colonial, estas casas tienden a ser comparadas con los palacios del Zócalo, tan ostentosos y susceptibles de desprestigio. Pero Polanco no lleva las de ganar: son casas de este siglo —por tanto ‘repetibles’, no así una pirámide—, construidas por arquitectos aún vivos y además poco prestigidas en el imaginario social. Sus vecinos ponen en cuestión las definiciones oficiales y reclaman que Polanco sea decretado centro histórico, justificado además por la serie de aconte-

cimientos y personajes que por allí pasaron y que darían al lugar visos de historia legítima y real.

Como en Tlalpan, en Polanco las ciudades del futuro, visualizadas como las norteamericanas, se convierten en referentes esenciales para la experiencia local y urbana. El fantasma de la ciudad estadounidense viene asociado a la posible homogeneización y a una deslocalización de lo local. El temor está presente en el testimonio de un residente de Tlalpan: “...porque cuando tú prendes la televisión y ves ahí que andan los americanos persiguiéndose en una patrulla y echando balazos, a ti te pueden decir eso pasó en Illinois, no... eso está grabado en Chicago, no en Los Angeles, te da lo mismo... porque las ves iguales... y es el caso de nosotros, lo que nos hace distintos es esa potencialidad que tenemos en valores”. De allí, que se convierta en el punto de inflexión a partir del cual, se trate de una colonia moderna o de un centro histórico, se generan discursos y prácticas en los que el espacio adquiere sentido, el particularismo —en el contexto del universalismo— y la tradición intentan imponerse. Un temor compartido por los habitantes de Polanco es que: “si no preservamos la ciudad, a mediados del próximo siglo sería así, como estas imágenes de esas ciudades del futuro que nos pintan, todas deterioradas... despersonalizadas”.

La preservación de los lugares así como la exaltación de la historia —aunque sean nuevas versiones de ella— y el patrimonio, comienzan a tener un *uso enfáticamente instrumental*²¹ ya sea que se trate de un centro histórico oficializado como tal o de una colonia moderna poco “prestigiable” en términos de sus raíces históricas. Según lo observado por P. Safa (1996) en su análisis sobre Coyoacán, la preservación de los lugares, justificada por la recreación e invención de identidades locales, “es la meta de la movilización vecinal y el arma que los actores sociales esgrimen para defender los intereses diversos, la mayor parte de tensión, sobre la apropiación y uso del suelo”. Pero esta meta parece un hecho ineludible cuando realmente se trata de centros históricos legislados y “vendidos” como tales —por ejemplo, los casos de Coyoacán o de Tlalpan—. La novedad parece mayor cuando este tipo de acciones tienen lugar en el escenario de espacios poco propicios para el rescate de la historia y la memoria, como podría ser la colonia Polanco, que también hemos analizado.

²¹ Recuperamos la idea de Díaz Cruz, que utiliza en relación con las identidades colectivas. En ese sentido, decimos que los habitantes comienzan a realizar un “uso enfáticamente instrumental” del patrimonio, los centros históricos y la historia, en términos de constituirse en torno de identidades locales desde las cuales “se sacrifican las diferencias internas del grupo en beneficio de una unidad que incrementa su poder de negociación, de imposición, de lucha y/o de resistencia” (1993: 63). Está claro que las identidades que se construyen desde esta perspectiva, apuntan a una visión sustancialista, enraizada en los “orígenes” que otorgan continuidad al grupo, y sin conflictos.

Pero en la medida en que la práctica de preservación comienza a adquirir nuevos sentidos, asociados a las experiencias locales, pero atravesados por una conciencia acerca de la propia ciudad y otras ciudades, ésta se vuelve tan válida en uno como en otro lugar. Preservar viene de la mano de la pareja orden-desorden, tan presente en discursos y prácticas vecinales. En este sentido, hay una nueva concepción que, aunque se una a la reconocida socialmente —vinculada a la idea de patrimonio—, tiende a integrar contradictoriamente diversos elementos: la modernidad como hecho inevitable es al mismo tiempo un crecimiento ordenado, junto con cambios desordenados. Lo anterior significa un despedazamiento que afecta tanto al espacio donde uno vive como a la ciudad en su conjunto.

La preservación ahora es también orden y no sólo en el entorno “secuestrado” de un centro histórico.²² Proteger un espacio local en la interpretación de los vecinos significa preservar el conjunto de la ciudad, porque es parte de la misma. En este sentido, Tlalpan juega con la misma acepción ante el crecimiento de condominios modernos, y la ZEDEC²³ reglamentada en ambos lugares aparece asociada a dicha concepción.

Como ya propusimos al comienzo, estas nuevas experiencias locales se vuelven ámbitos de contradicciones y tensiones, pero también de manipulación instrumental. Al poner en juego cuestiones como patrimonio, preservación e historia, los vecinos luchan por las diversas demandas que se articulan con base en sus experiencias cotidianas (por ejemplo el control del suelo, el Ecotren,²⁴ etcétera). Una nueva conciencia ciudadana, en la que se articulan una “ciudadanía política” junto a una “ciudadanía sentimental”, parece emerger entre disputas locales por una ciudad más vivible.

Patrimonio(s) sí, centros históricos en espacios modernos también. Un epílogo abierto al debate

No creemos haber agotado la temática. Sobre todo porque la misma aparece sumamente compleja y controvertida. Sólo hemos querido incitar a una discusión preliminar sobre las nuevas cuestiones que involucran los discursos y prácticas de los vecinos y la red de reformulaciones acerca de categorías, socialmente legitimadas desde las instancias con poder simbólico, como *patrimonio, preservación, centro histórico e historia*.

Si la constitución de identidades locales basadas en la memoria y la tradición puede no ser original, ni nueva, en tanto la lucha por la protección de barrios se ha tornado en un símbolo en busca de una edad de oro urbana, y considerando que la supuesta “crisis de la ciudad” ha ganado consenso (Monnet, 1996: 220); entonces dónde está el problema? Aunque no nuevas, muchas de estas situaciones adquieren tal carácter en la medida en que emergen en lugares insospechados con más recurrencia de la esperada y ponen en juego una *inflación de historia* con base en manipuladas intersecciones que se hacen entre el pasado, el presente y el futuro, usando la historia —fundada en la memoria selectiva— como estrategia política y modalidad de diferenciación entre los diversos grupos sociales o como bandera de lucha ante una excesiva modernización o un descontrolado crecimiento. En este sentido, y es lo que nos ha interesado llevar a la polémica, son los moradores de centros históricos, pero también de espacios modernos, quienes cuestionan aquello sobre lo que nadie discutiría, por ejemplo la pertinencia de preservar una iglesia barroca o colonial y no una casa de los años cuarenta de este siglo o, aún más, un MacDonnald’s de estos tiempos. Desde esta perspectiva, ingresan en el terreno del patrimonio haciendo efectivas múltiples y conflictivas contesta-

²² La idea de “secuestro” la retomamos de Arantes, A. (1997a).

²³ La ZEDEC es una norma que intenta regular el control del uso del suelo mediante la concertación de criterios entre los diferentes actores sociales involucrados con los espacios locales de la ciudad. Resulta interesante, como dato, que la primera ZEDEC fue instituida en la colonia Polanco, ante una movilización vecinal que, resistiendo la “invasión” de comerciantes, hoteleros, etcétera, obtuvo de la delegación (la Miguel Hidalgo) una nueva forma de regular el espacio. A partir de ésta comenzaron a reclamarse otras ZEDEC en otros lugares y por tanto hoy son muchos los espacios que poseen este tipo de norma.

²⁴ El Ecotren, o tren elevado, fue un proyecto que el Estado quiso llevar a cabo para agilizar las comunicaciones de transporte en la ciudad de México —que permaneció en discusión desde 1994 y hasta 1996—. El mismo pasaría por ciertas zonas de la ciudad y, aunque fuera elevado, deterioraría y desprestigiaría algunos de esos espacios. De ese modo fue que los vecinos de Polanco —a los que luego se unieron vecinos de otras zonas de la ciudad— se manifestaron durante un tiempo prolongado contra el Ecotren, esgrimiendo para ello una identidad local compartida, apelando a los usos de la memoria y la historia y al patrimonio que para la ocasión “inventaron” (sugerimos para un mayor conocimiento sobre el tema la lectura de Saffa, Patricia (1997) Las identidades locales en las grandes ciudades: una nueva estrategia para la democracia. Las organizaciones vecinales en la ciudad de México.

ciones a la eficacia simbólica de los bienes patrimonializables desde las instancias con poder simbólico. De allí que proponemos una expansión de los usos y/o apropiaciones del patrimonio y la historia, en una tendencia cada vez mayor, a desjerarquizar lo que la sociedad occidental ha prestigiado como tal, en consecuencia, a intentar conservar o volver histórico “todo” aquello que convenientemente resulte patrimonio e histórico para los habitantes. Pero ¿es posible patrimonializar “todo”?

Es importante reconocer que muchas de estas nuevas situaciones vuelven sobre dilemas engañosos, como el de lo tradicional y lo moderno, en las ciudades del presente. Principalmente cuando se busca un pasado ideal para superar la “pérdida” del presente, para remontar la “crisis de las ciudades”. Decimos engañoso, pues como ha podido observarse no son las polarizaciones las protagonistas del escenario, sino un entretejido controvertido de redefiniciones, actores y diferentes niveles de referencia. En suma, las experiencias de lo local —en nuestra perspectiva, punto de articulación entre la especificidad histórica que lo constituye y la globalización en constitución— se conforman a partir del atravesamiento múltiple y contradictorio de otras dimensiones, de reconsideraciones acerca de la historia y el patrimonio y de nuevos actores.

Aun con la predominancia cada vez mayor de ciudades globales ligadas a un proceso de reestructuración socioeconómico del capitalismo, así como al denominado por Castells “surgimiento histórico del espacio de los flujos, superando el significado del espacio de lugares” (Castells, 1995: 483); las experiencias de lo local se constituyen en ámbitos de disputa, capaces de representar identidades y puntos de vista locales, de manera de articular diversas demandas, entre las que podemos hallar aquellas íntimamente relacionadas con la preservación y el patrimonio. Lo local se vuelve un lugar de referencia en el redimensionamiento de lo tradicional y lo patrimonial.

Inflación de historia no significa “abuso del pasado”, sino la posibilidad de integrar nuevos sentidos del pasado-presente-futuro en función del patrimonio, la preservación y los centros históricos, soportes fuertemente instrumentales a la hora de movilizar recursos y articular reivindicaciones que no necesariamente tienen que ver con la historia. Así, si las políticas oficiales de protección de los patrimonios históricos han intentado la fabricación de un pasado ideal desmovilizando a las poblaciones, cuando los propios moradores de espacios locales toman las riendas del asunto en sus manos (en ocasiones buscando dicho pasado, pero en otras jugando con el presente y el futuro y

entonces, de algún modo observando con sarcasmo dicho pasado), más que desmovilización podemos hablar de nuevas modalidades de movilización. Ya no configuradas desde los caminos directos y conocidos de queremos un techo o educación; se procura trascender el “ser un ciudadano standard” mediante la apelación a caminos indirectos (los de las identidades, la historia, el patrimonio), que desde la diferencia permitan legitimar aquello que a partir de lo universal puede no reconocerse, porque finalmente consisten en derechos tan naturalizados que ya nadie discute.

La cuestión que queda latente es hasta dónde la protección de patrimonios y la legitimación de nuevos centros históricos, estarían garantizando la disputa por particularismos, si es dicha problemática la que justamente se ha constituido desde la homogeneidad y la universalización (aun con ciertos matices, la mayor parte de los centros y ciudades históricas tienen un “aire de familia”, claro que con salvedades, los coloniales entre sí, los medievales entre ellos, etcétera). Sin embargo, dentro de ciudades cada vez más homogéneas, sabemos que son los lugares cargados de historia, aquéllos que más han conservado esa característica distintiva, los que son más visitados, no así los espacios de la modernidad. Como instrumentos urbanísticos que siempre fueron, los habitantes instrumentalizan dicha cualidad en pos de obtener la *eficacia simbólica* que nadie discutiría a estos lugares, quedando al margen del terreno de lo político, y apostando a disputas por demandas y reconocimiento social desde la bandera más inocente: el patrimonio y la historia.

Estos usos instrumentales juegan en favor de una nueva conciencia ciudadana, gestada desde la movilización de todos los vecinos en pos de una preservación que, además, significa “orden”. De allí, las diversas y contradictorias apropiaciones de sentidos que sobre la problemática realizan. Es interesante observar que mientras en el orden de lo local las concepciones se renuevan y redefinen, en el plano institucional y legislativo el problema parece haberse congelado en un estadio. Los discursos y prácticas de los habitantes se muestran controvertidos mientras los emergentes de la legislación son mucho más lineales. En fin, la distancia entre ellos parece confrontarse permanentemente. Ahora bien, el descongelamiento provocado desde los habitantes de determinados espacios locales puede conducir —aunque con el objetivo implícito de articular demandas vecinales— al “secuestro” de múltiples y diversos lugares de la ciudad, sean “efectivamente” históricos o modernos —en el sentido dado por la concepción oficial—. Finalmente, propuestas tan aparentemente neutrales y progresistas no terminarían

gestando, bajo el discurso del patrimonio y la historia, una serie interminable de lugares encerrados en sí mismos sin conexión entre sí, y a los cuales debamos golpear las puertas de la ‘entrada oficial’ si queremos entrar para oxigenarnos con un poco de “pasado” y otro poco de “característico y diferente” y así poder continuar habitando la supuesta crisis de las ciudades? ¿No serán estos vecinos —ahora conscientes y permisivos con la historia y el patrimonio— quienes finalmente generen nuevos guetos, si bien imbuidos de pasado y tradición?

La memoria parece un río incontenible y desbordado. Aunque la misma más que desconcertada, parece configurarse y recrearse con objetivos precisos. Ciertamente atraco a la tradición quiere caracterizar esta nueva realidad. Sin embargo más que atraco, es un *plus* de historia manipulable con metas y objetivos precisos: el regreso al pueblo, lo único y lo típico, de manera simultánea a una lucha contra el incontrolado crecimiento de la modernidad, incorporándola para que no termine destruyéndonos.

Bibliografía

- APPADAURAI, ARJUN
1994 “Disjuncao e diferenca na economia cultural global”, en Featherstone, M. (org.), *Cultura Global. Nacionalismo, Globalizaçao e Modernidade*, Brasil, Editora Vozes, pp. 311-328.
- ARANTES, ANTONIO
1997 “Patrimonio Cultural e Naçao”, en A.M. Carneiro Araújo organizacao, *Trabalho, Cultura e Cidadania*, Sao Paulo, Scritta, pp. 275-290.
1997a “Paisagens de desigualdade e diferença”, en *Andamento*, Campinas.
- BALANDIER, GEORGES
1988 *Modernidad y poder*, Barcelona, Jucar Universidad.
- BEN-ARI, EYAL
1992 “Uniqueness, Typicality, and Appraisal”, en *Ethnos*, vol. 57, tomos III-IV, pp. 201-218, The National Museum of Ethnography (Estocolmo).
- BOURDIEU, PIERRE Y L. WACQUANT
1995 *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo.
- CASTELLS, MANUEL
1995 *La ciudad informacional*, Madrid, Alianza Editorial.
- DÍAZ-BERRIO, SALVADOR
1994 “La legislación sobre patrimonio cultural: usos privados y sociales”, en Villafranca y Barra (coords.), *Memoria del Simposio Patrimonio y Política Cultural en el siglo XXI*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- DÍAZ CRUZ, RODRIGO
1993 “Experiencias de la identidad”, en *Revista Internacional de Filosofía Política*, núm. 2, pp. 63-73 (Madrid).
- EADE, JOHN (ED.)
1997 *Living the Global City. Globalization as Local Process*. Londres y Nueva York, Routledge.
- FORTUNA, CARLOS
1997 “Destradicionalizaçao e Imagem da cidade. O caso Evora”, en Carlos Fortuna (org.), *Cidade, Cultura e Globalizaçao*, Portugal, Celta Editora, pp. 231-258.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR
1993 “Los usos sociales del patrimonio cultural”, en *El patrimonio cultural de México*, E. Florescano, (comp.), México, Fondo de Cultura Económica.
1994 “¿Quiénes usan el patrimonio? Políticas culturales y participación social”, en J. Cama Villafranca y Witker Barra (coords.), *Memoria del Simposio Patrimonio y Política Cultural para el siglo XXI*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 51-68.
- GIDDENS, ANTHONY
1994 *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Universidad.
1997 “La vida en una sociedad post-tradicional”, en *Ágora*, núm.6, pp. 5-61 (Buenos Aires).
- HOBBSBAWM, ERIC Y TERENCE RANGER
1983 *The invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press.
- LACARRIEU, MÓNICA
1996 “Suave contrapunto entre tradición y modernidad”, en Wechsler y Lobeto (comp.), *Ciudades*, Buenos Aires-Madrid, Ediciones Nuevos Tiempos-Instituto Internacional del Desarrollo.
1998 “El dilema de lo local y el proceso de feudalización”, en *Alteridades* año 8, núm. 15, pp. 7-23, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (México).
- LACARRIEU, MÓNICA ET AL.
1996 *Espacio, tiempo e imaginarios en el centro histórico de Buenos Aires*, Buenos Aires, mimeo.
- LE GOFF, JACQUES
1991 *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*, Barcelona, Paidós.
- LOMBARDO DE RUIZ, SONIA
1993 “La visión actual del patrimonio cultural arquitectónico y urbano de 1521 a 1900” en E. Florescano (comp.), *El patrimonio cultural de México*, Mexico, Fondo de Cultura Económica.
- MASSA, DIANA
1996 *Aproximaciones a la legislación mexicana sobre patrimonio*, México, mimeo, 35 pp.
- MONNET, JÉRÔME
1996 “O álibi do patrimonio. Crise da cidade, gestao urbana e nostalgia do passado”, en A. Arantes, *Cidadania, curadoria, Revista do Patrimonio Histórico e Artístico Nacional*, núm. 24, pp. 220-228, IPHAN (Rio de Janeiro).
- NORA, PIERRE
1984 *Les Lieux de Mémoire*, I La République, París, Gallimard.
- OLIVEN, RUBEN
1997 “Nación e identidad en tiempos de globalización”, en Bayardo y Lacarrieu (comp.), *Globalización e identidad cultural*, Buenos Aires, Ediciones Ciccus, pp. 113-130 (traducción de M. Lacarrieu).
- PRATS, LLORENC
1996 “Antropología y Patrimonio”, en Prat, J. (ed.), *El quehacer de los antropólogos*, Barcelona, Ariel.
- ROSAS MANTECÓN, ANA
1994 “¿Qué es el patrimonio cultural y por qué defen-

derlo? Elementos para una discusión a través del análisis del conflicto en torno a la línea 8 del Sistema de Transporte Colectivo (Metro)", en J. Cama Villafranca y R. Witker Barra (coords.), *Memoria del Simposio Patrimonio y Política Cultural para el siglo XXI*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp.35-42.

SAFA, PATRICIA

1996 *Identidades locales y multiculturalidad en la ciudad de México: el caso de Coyoacán*. Seminario de Cultura Urbana en las Grandes Ciudades, Guadalajara, mimeo.

TODOROV, TZVETAN

1995 *Les abus de la mémoire*, París, Arléa.

URTEAGA, AUGUSTO

1994 "Notas para una historia del Estado y la demanda social en la preservación del patrimonio cultural", en J. Cama Villafranca y R. Witker Barra (coords.), *Memoria del Simposio Patrimonio y Política Cultural para el siglo XXI*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 119-124.

ZUKIN, SHARON

1996 "Paisagens Urbanas Pós-Modernas: Mapeando cultura e poder", en A. A. Arantes *Cidadania, curadoria, Revista do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional*, núm. 24, pp.205-219, IPHAN (Río de Janeiro).